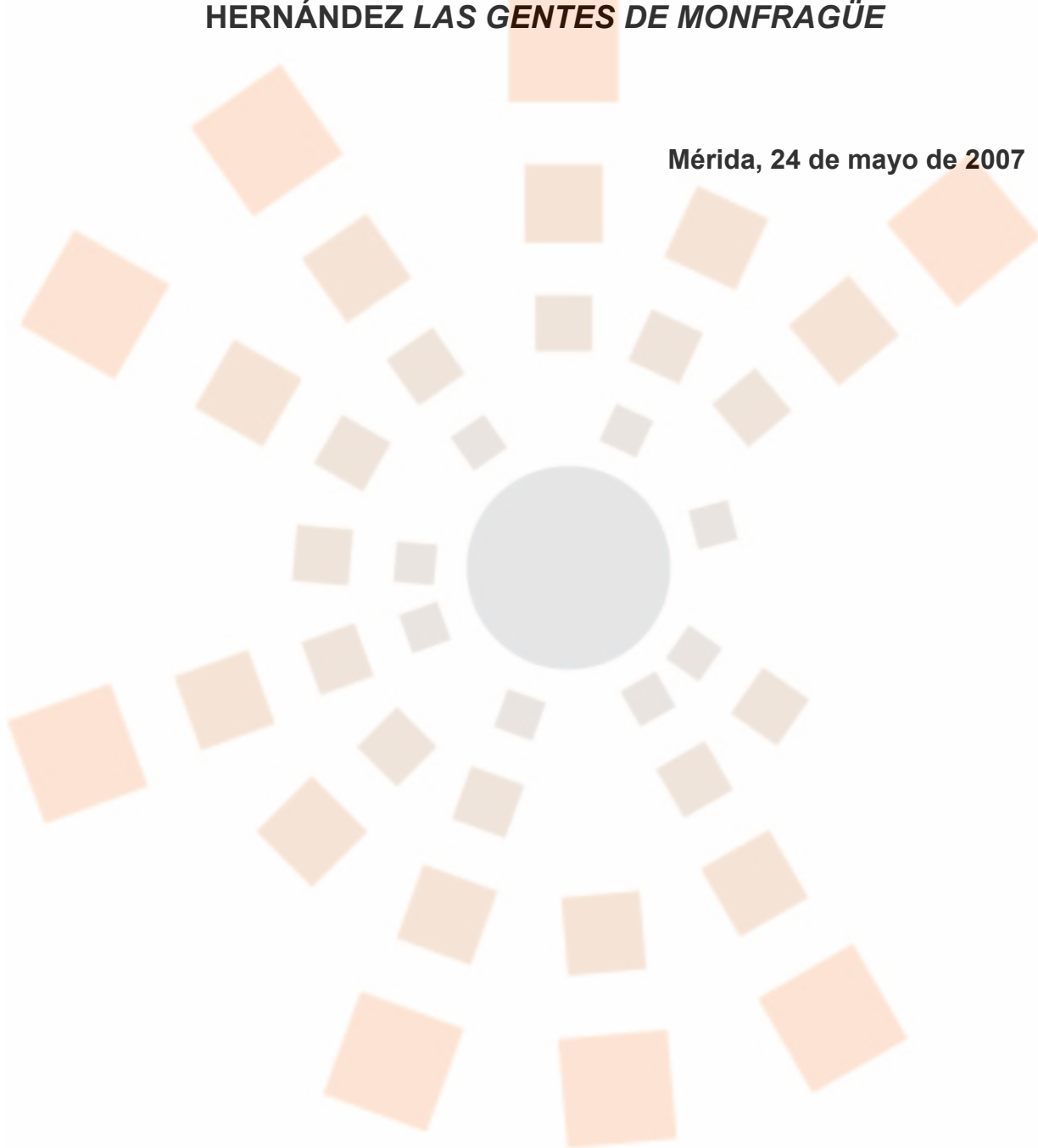


**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO  
DE PRESENTACIÓN DE LA PUBLICACIÓN DE D. SANTIAGO  
HERNÁNDEZ *LAS GENTES DE MONFRAGÜE***

Mérida, 24 de mayo de 2007



**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO DE  
PRESENTACIÓN DEL LIBRO DE D. SANTIAGO HERNÁNDEZ *LAS GENTES  
DE MONFRAGÜE***

Mérida, 24 de mayo de 2007

Muchas gracias. Buenos días.

No sé cuál es la inquietud hoy de protocolo, pero estoy encantado de estar en este acto. Primero por acompañar a Santiago y en segundo lugar porque me parece que es una alegría ver un libro como el que hoy presentamos aquí.

De Monfragüe se ha escrito de todo y siempre se ha escrito una amplia bibliografía sobre unos habitantes de Monfragüe, que son las especies vegetales y las especies animales; y, sin embargo, faltaba bibliografía sobre la otra especie del parque, que son los seres humanos.

Así que como que viene este libro a llenar un hueco que estaba ahí pidiendo que se le llenara porque se corría el riesgo de que por escribir tanto y bien de la historia bella de Monfragüe, desde el punto de vista de las especies animales y vegetales, nos hubiéramos olvidado de los seres humanos que forman el parque, que forman la historia del parque, la intrahistoria, y lo que podemos apreciar en el libro. Libros de bibliografías que habían dejado en la penumbra, aparte de los protagonistas, de lo que es este paraíso.

Yo he aprendido algunas cuantas cosas en todos estos años sobre la protección. Santiago y algunos otros son los responsables de ese conocimiento. Y he aprendido que la protección no se hace sólo para animales y para vegetales, para crear un santuario, una especie de santuario libre de seres humanos, se hace un espacio protegido, se hace por voluntad de los seres humanos, para disfrute de los seres humanos y, a veces, a costa de otros seres humanos.

Espacio protegido -como sabe Santiago mejor que yo y muchos de los que están aquí-, no es la naturaleza dejada a su antojo y a su libre albedrío. Eso no es espacio protegido, porque seguramente la naturaleza sola, a su libertad, haría todo menos protegerse. Y entonces, son espacios protegidos siempre por alguien, siempre hay alguien que los protege. Proteger no es algo que haga la naturaleza. Y en algunas ocasiones la naturaleza lo que hace es desproteger, asolar, arrasar, con incendios, etc. Es una actividad, una

actuación, una acción que hacemos los seres humanos respecto a otros seres humanos. Yo, en algunas ocasiones -lo saben los que están aquí- me he quejado de algunos discursos radicales que olvidan más de la cuenta, precisamente, al ser humano. Discursos radicales, ecologistas, que olvidan en algunas ocasiones a los seres humanos. E, incluso, en algunas ocasiones he ironizado, quizás con no buen gusto, pues sobre las dificultades que ofrece el trazado de una infraestructura para salvar un nido de alguna especie y, sin embargo, la facilidad con que tienen los ingenieros para que esa misma infraestructura no tenga inconveniente en arrasar, si hiciera falta, otros nidos donde viven especies no protegidas, que son los seres humanos.

Me acuerdo y se acordaran ustedes de aquel ejemplo que fue sangrante para muchos, para muchos de nosotros, de ese joven viviendo en una furgoneta en Plasencia durante más de ocho días y que muere víctima de una enfermedad sin que nadie nunca se acercara a la puerta de la furgoneta para salvar a esa especie, ese ser humano que se estaba muriendo. O incluso estos días donde vemos a baronesas que se encadenan a árboles, pero sin embargo no son capaces de encadenarse a los parados de los pueblos. O sea, que siempre me he quejado un poco de la exageración. Pero es una magnífica idea haber hecho este libro sobre las personas y sobre la historia humana del parque, faltaba eso, y viene a llenar esa radicalidad de la que me hago eco en algunas ocasiones.

Es un libro sobre los hombres y mujeres sabios que han sido los verdaderos pioneros de la actitud de sensibilización social en las cuestiones medioambientales. Luego, después de ellos, después de los pioneros, pues han venido de la ciudad, en sus coches todo terreno, los académicos, los especialistas, los expertos, a estudiar lo que ellos primero descubrieron y en algunas ocasiones cuidaron. Incluso llegamos los políticos en nuestros audis, no me excluyo, para crear la gran literatura que se ha hecho sobre Monfragüe, pero esa gran literatura de científicos, de expertos, de analistas, de políticos, no deja de ser la continuación del gran prólogo que escribieron esos hombres y mujeres que se describen perfectamente en el libro. Es decir, ese, ese libro es el gran prólogo de todo lo que vino después, y todo lo que vino después es secundario de lo que ese libro nos refleja.

Me gustaría señalar que no sería bueno confundir la historia de Monfragüe como espacio y la historia de Monfragüe como Parque Natural y como Parque Nacional a partir de hace muy poco tiempo, porque son dos cosas distintas. Mucha gente habla en el libro, en el libro que presentamos hoy, del espacio Monfragüe antes de que se convirtiera en parque. No caigamos por lo tanto en el espejismo de idealizar lo primero, el espacio, y de dar carácter heroico a lo segundo, el parque, porque la naturaleza que se describe en ese libro -antes de las agresiones de los años sesenta y setenta que obligó a algunos de los que hoy están aquí precisamente a implicarse definitivamente en salvar ese patrimonio-, la naturaleza antes de esas agresiones repito era la maravilla que hoy intuimos cuando lo visitamos.

Es decir, tenemos una idea, más o menos clara y aproximada, cuando visitamos Monfragüe, algunas de sus cuevas, algunos de sus promontorios

etc., algunas subespecies, de qué fue aquello antes de las agresiones. Pero al lado de ese espacio que intuimos cómo fue, había mucha pobreza en los pueblos que conforman el entorno de Monfragüe.

Así que, estábamos ante un paraíso perdido pero en cada casa que circundaba ese paraíso perdido, había un infierno de pobreza, de abandono, de incultura, de analfabetismo, de emigración. Y ahora, afortunadamente, en los tiempos en los que vivimos, se ha producido una gran simbiosis, si quieren ustedes una cierta transferencia del paraíso a las calles y a las casas de los pueblos. El paraíso sigue, pero el infierno ha ido desapareciendo y ya no hay un contraste entre la riqueza natural exuberante junto a la pobre angustia de muchos hombres y mujeres que allí vivieron y viven.

Y luego está la historia del parque como lo conocemos actualmente, como un proyecto humano con sus protagonistas. No citaré a todos pero desde Jesús Garzón, hasta Santiago Hernández, pues, pasando por muchas de las personas que aquí están sentadas, desde luego Angelita, Nicolás, Ángel, Deme, gente a las que aprecio y manifiesto un enorme respeto y cariño por lo que hacen. Y están también, por qué no decirlo, los alcaldes del entorno de Monfragüe, que han sido capaces de conjugar y hacernos comprender que conservacionismo y riqueza no tenían por qué estar reñidos, y ahí se ha producido el gran fenómeno de la transferencia entre los pueblos y el entorno.

Monfragüe, por lo tanto, es la prueba de que conservación y desarrollo pueden ir de la mano. Fíjense que estamos hablando de un Parque Nacional que tiene una Central Nuclear a su lado, que está limitado por tres autovías, que tiene plantaciones de tabaco, de cerezas, de pimentón, Plasencia, etc., etc., etc. Es decir, Monfragüe nos enseña que conservación y desarrollo pueden ir perfectamente de la mano. Por eso yo creo, querido Santiago, queridas amigas y amigos, que hay que desconfiar mucho de los neoeecologistas que acaban de descubrir eso que dicen ahora algunos: ¡qué bonita está Extremadura! Que es una frase absolutamente cursi y ridícula. Dónde estaban durante tanto tiempo que ha pasado para que como los que vienen de fuera nos digan eso de: no sabe usted lo que hay aquí. Como si nosotros no lleváramos aquí tanto tiempo para haberlo descubierto.

Yo creo que los ecologistas de sangre, desde luego los autores del libro son, los ecologistas de sangre deberían sospechar de los ecologistas de *temporá* -como dicen los gitanos, ¡eh! de *temporá*, que usan las etiquetas de ecologista para usar o tirar según les interese. Los mismos que se pasean por la mañana en tractores contra una refinería, se pasean por la tarde contra las cepas, los mismos, y yo voy por los pueblos y veo en un sitio una pancarta contra la refinería y los mismos en otra pancarta contra las cepas.

Así que, cuidado, con los ecologistas de *temporá* desde luego Santiago Hernández, el director de esta ejemplar producción que hoy se presenta sobre la vida de los hombres que hicieron posible esto, no es un ecologista de *temporá*, de mucho tiempo, es la persona sensata de la que yo he aprendido casi todo lo que sé del ecologismo, de la protección y de sus límites, y por eso me parece que ha hecho una obra que efectivamente hacía falta para

compensar la protección de una parte y el reconocimiento de hombres y mujeres por otra.

Así que felicidades y muchas gracias.

